

INTERIOR CON ASCENSOR

Caía lenta la tarde de este jueves desapacible de Abril, cuando le vi venir, como siempre por la acera de los impares: gabán raído, pantalón de pana gastada, gorra de marino con ancla bordada en la visera impregnada en sales de todos los mares. Se acercaba con su andar característico de péndulo cansado, secuelas que le han ido dejando tantos relentes, escarchas y amaneceres al raso. Su patrimonio cabe en el carro de la compra convertido en baúl rodante del que nunca se separa. Es Isidoro, decano de los sin-techo de Chamberí. Nos conocimos hace años y desde entonces mantenemos una arraigada amistad. Enigmático, me dijo aquel día: llámame Isidoro, no es mi verdadero nombre, pero esa es otra historia que ya te contaré.

Nos presentó el conserje de este noble edificio de la calle Génova, de fachada renacentista, amplio paso de carruajes y ascensores bien diferenciados: el principal, por hueco de escalera, protegido por soberbia cerrajería artística, cabina en madera noble, asiento revestido de terciopelo rojo y metalistería en latón. El otro, más humilde, va a la intemperie por el patio de luces y da servicio a la escalera interior. En el rellano de la última planta, pernocta Isidoro. Allí guarda el resto de su ajuar: saco de dormir, mantas, cartones...y libros, muchos libros. Sus autores preferidos: Poe, Verlaine, Mallarmé, Lorca, San Juan de la Cruz, y todos nuestros clásicos. De música, por encima de todos, Aretha Franklin, lady soul, y además...es del Atleti.

A los dos nos extrañó el encuentro, precisamente hoy y a ésta hora. Será el azar, le dije, sin darme cuenta que es una de las palabras que tiene tachada en su diccionario. Porque Isidoro, hombre extremadamente sensible y culto,-carrera superior, master, y otrora despacho en edificio inteligente de La Castellana-, lleva siempre en su carro un diccionario abreviado de pastas color tabaco en el que va tachando las palabras que ya no le sirven. La última vez que nos vimos iba por la letra p. Me fue explicando el porqué de cada condena y el sentido que para él tenían las palabras indultadas. Aquella tarde quedaron sentenciadas: pasado, pena, palmada, Papa, papá, pantomima, paseo....

-Por qué tachas paseo si es una de tus distracciones diarias?.

-Lo nuestro,-siempre usa el plural de los humildes-, lo nuestro no es un paseo, es solo un "paseacalles". El paseo es campo abierto, emoción de atardeceres mirándose en los remansos, caminar lento y charla reposada. Lo nuestro no es eso, somos,-con nuestros pasos-, medidores de aceras, y sus bancos y los de los parques, nuestros aliados y confidentes en las siestas, en los cansancios y soledades, y palcos preferentes desde, los que no tenemos nada que hacer, vemos pasar la vida.

Aquel día quedaron indultadas: pájaro, penumbra, pico, pícaro, pobre, poesía, poeta.... Isidoro escribe, y muy bien. He tenido el privilegio de leer sus poemas, relatos y prosa poética que guarda en cuadernos de hojas cuadrículadas y pastas verdes.

Tenía prisa y me pidió que le acompañara a dejar el carro. Hacía frío y rezumaban melancolía los desconchones del patio interior. Patios de luces, más de sombras, a los que se asoma poco el sol, donde el dolor parece más dolor y la risa menos risa detrás de sus ventanas, y a los que van a dejarse morir las palomas viejas, enfermas de años y alocadas de ruido. Patio, éste, con fuente escosada hace mucho, epicentro en otro tiempo de veladas interminables de comadres, sentadas en sillas bajas de enea, apurando noches de canícula.

El ascensor nos deja en el último piso. Mientras Isidoro acondiciona su estancia para pasar la noche, salgo a la terraza, atalaya privilegiada para en un flash-back vertiginoso de secuencias cortas, empaparme de recuerdos hoy sólo buenos. ¡Cuántos edificios, patios y corralas que me son familiares!. Aquí, Luchana, Covarrubias, Almagro....Más allá, Chamberí, Malasaña, Dos de Mayo, Correderas,-Alta y Baja-. Y también sus gentes, muchos ya amigos: Paquita, Salvador, Rodrigo, Estrella, Pilar, que ya no está...y tantos de los que no me olvido en éste momento: D. Angel Benito, Luthier Mayor de Malasaña, de cuyas manos salen guitarras para medio mundo, auténticas obras de arte con cuerpos de geisha y cuerdas de seda en las que se balancean el duende y el embrujo. Y Diego, maestro broncista; y José Luis, almoneda él también en su tienda de objetos inimaginables; y la señora Marina, acompañada siempre de la perra Laika, su lazarillo inseparable.

De mi ensimismamiento me saca Isidoro. Tiene que irse, pues aún le esperan dos entreactos antes de bajar el telón a éste día. Volvemos a cruzar el patio, vacío ya de tendales y golondrinas. Nos despedimos con un abrazo más prolongado de lo habitual.

-Nos seguiremos viendo?.

-Por supuesto. Y con más tiempo. Nos debemos muchos ratos, cafés y manzanillas paladeados sin prisas, para tamizar y pulir nuestros escritos y poemas. Y no te olvides que me debes una explicación a tu querencia por las aceras de los impares, al enigma de tu falso nombre y también del verdadero.

-Pero aunque te lo cuente, me seguirás llamando Isidoro.

-Claro, no te imagino con otro nombre.

-Hasta siempre, amigo.

-Hasta siempre, Isidoro.

Se aleja cachaveando acera. Le sigo con la mirada hasta que su silueta, bamboleante, dobla la primera esquina.

Llegará a la cola del comedor social donde es una institución. Cenará con sus colegas, le contarán sucedidos, pedirán consejos y repartirá como cada noche, palabras repletas de esperanza. Luego, ya de vuelta y siempre en solitario, se acercará al árbol plantado la fecha que reza en el mosaico que está al lado: "Sara, 4 Marzo 1981", día en que se iniciaron a la par dos vidas. Es entonces cuando un estallido de nostalgia,-el único del día-, explotará en su pecho. Es breve el ritual. Luego, el andar lento y el penúltimo cigarrillo aliviarán su ánimo, alabeado por un instante.

Subirá en el ascensor que hará, por hoy, el último viaje. Queda la cabina acurrucada allá arriba al asubio del cuarto de máquinas. Todavía permanecerá encendida la luz un buen rato mientras pone en orden las notas que ha ido tomando durante la jornada. Cuando todo quede a oscuras, será el momento que el duende y la paloma están esperando para acomodarse sobre el techo de la cabina a pasar la noche. Y comenzarán los sueños....

.....Soñará el viejo ascensor con alta velocidad y cabina panorámica en forma de omega, deslizándose por fachadas interminables revestidas de vidrio azul-cobalto.

.....Soñará la fuente con surtidores de jardín palaciego cimbreados por el viento entre parterres y rosaledas.

.....Soñará el duende con bosque umbrío, sábanas de helechos bajo la zarzamora o al abrigo del acebo de los frutos colorados.

.....Soñará la paloma con Tierra de Campos, en vuelo rasante sobre océano de trigales y nido propio en palomar recién enjalbegado y ya moreno de resoles.

.....Soñará Isidoro...no, perdón, Isidoro ya no sueña.

-Sabes, me dijo un día, me han abandonado hasta los sueños.

Prosa árida y dura es la vida de Isidoro, y lirismo que le sale a borbotones cuando entreabre la trastienda de su alma.

José Luis Robles